

El Príncipe de la Ciudad de Arena

Pierdomenico Baccalario

Enzo d'Alò

Gaston Kaboré

según una idea original de Enzo d'Alò

Traducción del italiano de
Isabel González-Gallarza

Las Tres Edades Ediciones Siruela

EL ENCUENTRO

Se encontraron de noche.

En lo alto, en el cielo, había montones de estrellas lejanas e inmóviles. Abajo estaban las rocas negras del acantilado, que protegían los confines del mundo como un gran animal dormido. Un viento débil agitaba el mar de hierba de la llanura, haciéndolo murmurar bajito.

Inmóvil sobre la cima de una rama, un halcón de cuello blanco observaba la oscuridad. Sus ojos líquidos escrutaban los movimientos de la hierba en busca de una presa, pero su pico ganchudo mostraba una duda: no era una noche buena para la caza, ni para los cazadores.

Y no se equivocaba. Cuando el viento sopló con más fuerza, la hierba se dobló hasta casi tocar el suelo. El halcón percibió un movimiento: un chacal negro estaba trepando al montón de piedras azuladas que se levantaba en un claro. Cuando hubo alcanzado la cima, él también se detuvo, pues le había asaltado la misma duda.

Había visto dos hombres inmóviles en un lado del claro.

Y dos niños escondidos entre la hierba.

Los dos hombres estaban uno enfrente del otro, en una actitud solemne: parecían estatuas de madera.

El primero era alto y majestuoso.

Tenía el rostro apergaminado de una momia. Vestía de azul, del mismo tono que el cielo nocturno. Entre su ropa relucían joyas de oro y minúsculos frasquitos de cristal, que llevaba atados a la cintura. Emitían tenues tintineos. El hombre calzaba suaves babuchas de punta enrollada, negras como las alas de un cuervo. Sus manos, enjoyadas, descansaban cruzadas sobre su pecho.

El segundo era más bajo, pero su torso musculoso le hacía parecer más fuerte. Vestía unos pantalones blancos, ajustados en la pantorrilla y anchos en las caderas, del mismo tejido áspero del que están hechas las velas de los barcos que de vez en cuando surcan las aguas del Níger. Era de tez oscura, se había pintado la cara de rojo, y llevaba al cuello un pesado collar con cuentas de ámbar esculpidas.

Iba descalzo.

–Al final has venido solo –el hombre vestido de azul fue el primero en hablar.

–El que está solo eres tú –replicó el hombre descalzo, apretando su collar de ámbar–. Como en los últimos cinco años.

–Aléjate de mí, cantahistorias.

–¿Y si no qué harás... cómo te haces llamar ahora? ¿Príncipe?

–No tengo ningún otro nombre.

El hombre vestido de azul se puso las manos delante de los ojos, las abrió con un ruido como de huesos rotos y empezó a pronunciar palabras oscuras.

Los dos niños se escondieron entre la hierba.

Cuando volvieron a mirar, vieron que entre los dedos del hombre se habían formado largos filamentos negros, similares a hebras de lana basta.

Era un espectáculo espantoso, pero el cantahistorias sonrió.

–¿Ésos son todos los poderes que tienes?

Respiró hondo y se tocó el collar que llevaba al cuello.

Después empezó a cantar.

Los dos niños entendieron que era la señal que daba inicio a la lucha.

Cubriéndose los ojos con las manos, de vez en cuando miraban entre los dedos, pero cuando les podía el miedo, volvían a refugiarse detrás de los tallos de las hierbas.

El Príncipe lanzaba ovillos de serpientes negras a las que guiaba con la voz, mientras el cantahistorias evocaba a su alrededor fantasmas de leones rojos, luciérnagas iridiscentes y águilas de plumas blancas. Tentáculos oscuros y animales variopintos se enfrentaban entre sí, al son de la voz de sus creadores. Se devoraban y se repelían, se abrazaban y se alejaban en las alas del viento.

El hombre de azul utilizaba la lengua como una fusta, y sus ojos se encendían, tornándose de un blanco cegador. Su enemigo descalzo cantaba una melodía dulce y hacía chocar las palmas de las manos como si fueran tambores, multiplicando su ejército de animales de mil colores.

Daban vueltas, enfrentadas, por un lado del claro y luego por el otro, en una danza de palabras prohibidas, melodías magnéticas y fantasmas devorados por las sombras.

Ninguno parecía imponerse.

—¡Aléjate de mí! —gritó entonces el Príncipe.

Hizo explotar de sus manos otras serpientes y las esparció sobre la hierba, con enorme frustración. Las serpientes salieron despedidas en todas direcciones, también hacia los niños, que las esquivaron de milagro.

El cantahistorias descalzo se volvió hacia los pequeños, se topó con su mirada y entonces reaccionó, lanzando varios toros rojos contra su adversario.

Con una palabra, el Príncipe enroscó las serpientes en el cuello de los toros, que se disolvieron en una cascada de chispas.

Los dos contendientes se detuvieron.

Una fina voluta de humo se elevaba de las plantas de los pies del cantahistorias.

—Tus palabras están quemando la tierra —observó el Príncipe.

—Las tuyas te están quemando el alma.

—Dentro de poco dispondré de otra.

—¿Y cómo?, a ver.

–He aprendido palabras que tú no puedes imaginar.

–Y esta vez, ¿con qué engaño las has robado?

–Lo que tú llamas engaño otros lo llaman astucia.

Mientras hablaban, uno de los niños contuvo con esfuerzo un grito: se había dado cuenta de que algunas de las serpientes negras que poco antes el Príncipe había arrojado sobre la hierba emergían lentamente entre los tallos que el viento inclinaba. Avanzaban a espaldas del cantahistorias, como garzas danzantes.

–No nos interesa tu astucia, Sanagò. Márchate y llévatela contigo.

El rostro del hombre vestido de azul se incendió de odio.

–¡No debes emplear ese nombre! –gritó–. ¡Yo ya no soy... SANAGÒ!

Las serpientes saltaron y se enroscaron en la garganta del cantahistorias, cogiéndolo por sorpresa. El hombre se llevó las manos al cuello, pero no logró hablar ni tocarse el collar. Retrocedió unos pasos, pugnando por zafarse de las serpientes, pero al hacerlo tropezó con una piedra o una raíz, y cayó al suelo.

La túnica azul del Príncipe se agitó al viento produciendo un chasquido y, un instante después, Sanagò se lanzó sobre el cantahistorias. Creó más serpientes para arrancarle el collar de ámbar y romper una a una las cuentas, que echaron a rodar por el claro.

Con cada cuenta rota, el cantahistorias se enfrentaba con menos energía a las serpientes.

Y la lucha se iba apagando poco a poco.

Cuando los niños se atrevieron a mirar de nuevo, el Príncipe había atrapado al cantahistorias en un ovillo de serpientes.

–Ahora te enseñaré cómo se roba un alma... –le susurró.

El cantahistorias aún tuvo fuerzas para decir:

–Nunca serás un príncipe. Tú sólo serás... Sa-nagò –y antes de que pudiera reaccionar, le arañó el rostro con la mano izquierda.

El Príncipe gritó, porque el arañazo le ardía en la cara, le había excavado un surco doloroso y profundo.

Agarró a su adversario del pelo y lo obligó a inclinar la cabeza hacia atrás. Le puso una mano en la boca, y una sacudida lo recorrió de la cabeza a los pies, porque le estaba arrancando algo que tenía muy dentro de él: el alma. La apretó con el puño y la metió a la fuerza dentro de uno de los frasquitos de cristal que llevaba atados a la cintura.

De sus hombros salieron vórtices de arena, que daban vueltas como si se hubieran vuelto locos. El cuerpo del cantahistorias resbaló al suelo como si no pesara nada.

–Ahora también tú me perteneces... –dijo el hombre de azul. Blandió el frasquito de cristal que mantenía cerrado con la palma de la mano—. Tú y toda tu descendencia. Convertiré tu aldea en arena. ¡Y también tus canciones!

Se llevó el frasquito a los labios.

Y bebió.

El claro volvió a sumirse en el silencio.

Azotada por el viento, la llanura estaba a merced del polvo que había acompañado la desaparición del príncipe Sanagò.

Asustados y confusos, los dos niños salieron a gatas de su escondite entre la hierba. Se dirigieron al cuerpo del cantahistorias, tendido en el suelo como un saco vacío.

—¿Papá? —llamaron—. ¿Papá?

Gruesas lágrimas cristalinas, brillantes como estrellas, brotaban de sus ojos. Sus corazoncitos latían en la noche como martillos en el yunque del herrero. Sus rostros, idénticos, no se distinguían uno de otro.

—Papá, ¿estás vivo? —preguntaron, rozando con los dedos el cuerpo inmóvil del cantahistorias.

Era ligero y frágil.

Pero no estaba muerto del todo. Lentamente, con un esfuerzo infinito, la mano del cantahistorias se elevó del polvo. El índice y el pulgar se frotaron entre sí. Los dos niños oyeron entonces su voz, aunque su padre no moviera los labios.

—¿Matuké? —Su voz sonó como un susurro lejano—. ¿Setuké? ¿Estáis bien, pequeños míos?

—¿Qué te ha hecho ese hombre? —preguntaron los niños.

—Tu collar... —observó Setuké—. Está destruido.

—Hemos recogido estas cuentas... —añadió Matuké, mostrándole dos trozos de ámbar que habían rodado por la hierba hasta su escondite. El

primer trozo tenía esculpido el hocico de un chiscal, y el otro, el perfil de un halcón.

–Ahora vosotros debéis proteger la aldea...
–murmuró la voz lejana–. Vamos, corred. Corred a casa. Y contad lo que ha ocurrido.

Sus dedos chasquearon débilmente.

Y la mano cayó despacio al suelo.